Arnoldo Mora y la identidad nacional

Summary: *This article –produced in the context of an investigation project about the recent history of Costa Rican thought– is a critical study of Arnoldo Mora’s work National Identity in Costa Rican Philosophy (EDUCA, San José, Costa Rica, 1997). Among other topics, the conception itself of a Philosophy of nationality –a privileged philosophical access to an essence of nationality, different from that made possible by social sciences– is here criticized. Also it is shown, that the author seems to maintain two difficultly compatible conceptions of national identity: a critical-historic and an essentialist one.*

Resumen: *El presente artículo –producido en el marco de un proyecto de investigación sobre la historia reciente del pensamiento costarricense– constituye un estudio crítico de la obra de Arnoldo Mora La identidad nacional en la filosofía costarricense (EDUCA, San José, Costa Rica, 1997). Se cuestiona aquí, entre otras cosas, la noción misma de una filosofía de la nacionalidad, de un acceso filosófico privilegiado –diferente del que posibilitan las ciencias sociales– a una pretendida esencia de lo nacional. Se señala asimismo que el autor parece mantener dos concepciones no fácilmente armonizables de la identidad nacional: una histórico-crítica y otra esencialista.*

Introducción

Con excepción de *Perspectivas filosóficas del hombre*¹ (EUNED, 1990), los libros de Arnoldo Mora abordan períodos, figuras, movimientos y problemas ligados a la historia de la

sociedad costarricense. Tal es el caso de *Los orígenes del pensamiento socialista en Costa Rica* (Dei, 1988), *Las fuentes del cristianismo social en Costa Rica* (Dei, 1989), *El pensamiento filosófico en el Repertorio Americano* (Guayacán, 1989), *El ideario de don Joaquín García Monge* (Editorial Costa Rica, 1990) e *Historia del pensamiento costarricense* (Euned, 1992).

En todos estos textos, Mora ha intentado analizar momentos significativos del pensamiento costarricense, especialmente cuando tal pensamiento tiene como objeto lo político y social. Al mismo tiempo, Arnoldo Mora ha tenido una trayectoria significativa en los movimientos políticos e ideológicos de la izquierda costarricense. Hasta hace muy pocos años, sus artículos, sus clases y sus conferencias tenían como punto de referencia esa experiencia política.

El objeto de este artículo no es, sin embargo, toda esa producción filosófica y esa experiencia política. Es algo quizá más modesto, pero altamente significativo. Al tiempo que ejerce como Ministro de Cultura, Juventud y Deportes, Arnoldo Mora ha publicado un libro con el título *La identidad nacional en la filosofía costarricense* (Educa, 1997). El libro consta de una introducción y cuatro capítulos, en los cuales aborda un conjunto de textos publicados por los filósofos Luis Barahona, Constantino Láscaris, José Abdulio Cordero y Jaime González.

De alguna manera, el libro de Mora viene a inscribirse en los debates acerca de la identidad cultural y de las comunidades nacionales. Aunque no afirma, de manera explícita, seguir tales discusiones, las menciona y se coloca en un lugar cercano a ellas.

La siguiente reflexión constituye un primer acercamiento al libro de Arnoldo Mora, e incluye la discusión acerca del tipo de análisis filosófico que en él se ensaya. Asimismo se hace un recuento de las estrategias de escritura presentes en este texto y en otros del mismo filósofo.

1. El tema de la identidad nacional en el texto de Mora: aspectos generales

Quizá algunos de los rasgos más acusados de este libro sean el eclecticismo, la inconsecuencia con las premisas teóricas, enunciadas de manera discutible, a las que ocasionalmente ape-la, pero que constantemente contradice². En ocasiones parece prometernos una visión crítica, un análisis de la conflictiva constitución histórica de una identidad como resultado de las asimetrías del poder político y económico y de las mediaciones y compromisos entre los diversos grupos enfrentados; pero inmediatamente reaparece el discurso idílico: la bienaventurada *idiosincrasia* del costarricense constituida ab eterno como democrática, pacífica y feliz³; identidad que se nos presenta en muchos pasajes del texto como si fuera una esencia inmutable bajada de algún cielo platónico o preexistente desde siempre en el intelecto divino; pero que también se nos presenta —en otros pasajes— como el producto de un devenir histórico, resultado de la consolidación de un Estado nacional al servicio de la oligarquía cafetalera. Por lo demás, el autor se limita a contarnos, con profusa ornamentación retórica, lo que dicen los diversos autores (ha escogido a cuatro filósofos costarricenses: Luis Barahona, Jaime González, José Abdulio Cordero y Constantino Láscaris), con una muy escasa dosis de criticidad, para no decir que esta se halla, la mayoría de las veces, ausente.

Existe una continua dificultad para distinguir los dos niveles del discurso: no sabemos cuándo habla Arnoldo Mora y cuándo hablan los filósofos estudiados por él; la estructura discursiva es confusa, además, muestra cierta concepción del quehacer filosófico: un decir lo que a cada quien se le ocurra, sin ninguna apelación a la evidencia o a la fundamentación —aunque sea dialó-

gica— que le dé validez intersubjetiva al discurso; un descuidar el estudio serio y riguroso de los temas sustituyéndolo por devaneos especulativos.

El autor nos promete, en la *Introducción*, ocuparse de la *filosofía nacional* costarricense; y aquí el adjetivo “nacional” es clave, pues las primeras páginas de su ensayo están dedicadas a la exégesis del término “filosofía nacional”. Se trata, según él, de aquella filosofía en que los pueblos piensan su propio destino histórico; aquella filosofía que tiene a la nacionalidad misma por objeto: “una filosofía nacional —escribe Mora— no es más que la expresión sistemática, de la autoconciencia de una colectividad en búsqueda de su identidad, tarea en la cual le va en juego su razón misma de ser.”⁴ Esta idea es expuesta a lo largo de varias páginas, adornada con citas de Hegel y hasta de Leibniz que evidencian la cultura filosófica del autor, pero que son de escasa relevancia para el tema tratado. “Un pueblo asciende a la esfera de lo filosófico —nos dice Mora— cuando descubre que su quehacer histórico-cultural posee una dimensión de universalidad, asciende a lo Absoluto, como diría Hegel, cuando se percata del carácter único de su quehacer⁵”. Muy bien; pero nosotros nos preguntamos si es posible pensar así todavía a finales del siglo XX: ¿Hay —y en qué sentido— un carácter único del quehacer del pueblo costarricense, un “destino” mediante cuya realización nuestro pueblo “ascienda a lo Absoluto”?

Este hegelianismo acríptico es escasamente útil a la hora de comprender los verdaderos condicionantes de la constitución de una identidad nacional y el papel que el discurso filosófico juega en este proceso. Si bien puede pensarse que Hegel escribe así —en consonancia con el espíritu y horizonte de su época—, no parece adecuado que Arnoldo Mora siga sirviéndose de esos mismos conceptos como si después de Hegel no hubiera ocurrido nada, entre otras cosas, la crítica de izquierdas al idealismo hegeliano, que inaugura una tradición intelectual que el mismo Mora, en ocasiones, parece suscribir.

“Tal es la dimensión metafísica de lo histórico —continúa nuestro autor— que Aristóteles llama la máxima abstracción o el Ser. Leibniz planteaba la cuestión metafísica como el preguntarse

por qué existe el Ser frente a la alternativa de la nada”⁶. Las constantes referencias a Hegel, Leibniz y Aristóteles revelan el conocimiento que el autor tiene de la filosofía occidental, pero en nada contribuyen a elucidar las relaciones entre un discurso acerca de la identidad y el proceso de constitución de esa misma identidad. Nos preguntamos, ¿cómo entender, en este contexto, la presencia de una “dimensión metafísica”, intemporal, de lo histórico? ¿Cómo conciliarla con la visión crítica de claro sabor marxiano que aparece en otras de las páginas de su ensayo?⁷ Pero aún asumiendo una dimensión metafísica *de lo histórico*, ¿en qué pasaje la llama Aristóteles “la máxima abstracción o el ser”? No sabíamos que el filósofo griego hubiera desarrollado alguna vez una metafísica de la Historia, ni que la hubiera identificado sin más con el ser en cuanto tal; ¿Y a qué viene aquí la referencia a Leibniz? La dimensión metafísica de lo histórico ¿conduce (y por qué medios) a plantearse “por qué existe el ser frente a la alternativa de la nada”? ¿Desemboca entonces una filosofía nacional —en el sentido anteriormente apuntado— en la pregunta fundamental de la metafísica? ¿Lo hacen acaso Barahona, Láscaris, Cordero y González a partir de sus elucidaciones de la identidad costarricense?

Otros pasajes nos parecen todavía más discutibles por sus resonancias ideológicas: “Es por eso⁸ que la *identidad nacional* se identifica con la dimensión de unicidad de un pueblo —continúa el autor—. Es en la medida en que se sitúa frente al todo que son los demás, que él se describe como único o, para decirlo de otra manera, en el lenguaje tradicional de la metafísica, al descubrir su esencia —lo universal— que se da su existencia —lo específico—. Hay aquí, antes que nada, una metafísica de la Historia: la esencia no se crea *históricamente*: se descubre; precede a la existencia de un pueblo como tal. El autor no nos aclara de qué manera preexiste esa esencia de un pueblo a su existencia histórica concreta, pero de todos modos nos la presenta aquí como algo ya dado, aparentemente desde siempre. El pueblo, un buen día, la descubre y entonces la realiza en el mundo sensible, situándose “frente al todo que son los demás”. A fines del siglo XX ya no podemos mirar con inocencia las pretensiones de cier-

tos pueblos de tener un destino histórico único —un “destino manifiesto”— otorgado por la naturaleza o por la divinidad *frente a todos los demás pueblos*. Ya sabemos muy bien a dónde han conducido pretensiones como esta en otras latitudes; y no sólo en otras latitudes sino también entre nosotros: piénsese en el uso reaccionario que se ha hecho y se sigue haciendo en los momentos de crisis de la imagen impoluta de la idiosincrasia costarricense.

Después de hablarnos de las esencias eternas que se descubren y se implantan frente a los demás pueblos, el autor nos da la otra versión —aunque sin conciliarla con la primera—: la versión de una identidad construida desde arriba por un estado nacional, al servicio de los intereses de una oligarquía cafetalera⁹: “Es dentro de este complejo contexto, que el Estado Nacional y las clases hegemónicas asumen la tarea de impulsar consciente y prioritariamente una cultura oficial, basada en una “historia oficial”¹⁰. Y más adelante nos dice que la nación costarricense “no precedió ni informó el Estado post-colonial, ni aún el republicano, este último, y solo en su forma liberal clásica, jugó el papel decisivo de enmarcar y definir lo que iba a significar la nación, quién iba a formar parte de ella y bajo cuales términos”¹¹; pero, además, “A través del Estado, la clase dominante impone su racionalidad, se apropia la conciencia nacional y unifica la fuerza de todo un pueblo en vistas a propósitos comunes. La creación del Estado Nacional, en consecuencia, constituye la obra más importante realizada por el pueblo costarricense en el siglo pasado”¹².

En esta última cita, Mora identifica repentinamente pueblo y clase dominante, sin enfrentar de manera crítica el proceso mediante el cual la creación de un Estado y de una identidad por parte de una clase puede considerarse, a la vez, la obra de todo un pueblo. Es decir, en qué medida el “pueblo” no ha sido un mero objeto pasivo de una identidad construida desde arriba, pues aparece a la vez como objeto de una identidad confeccionada por los grupos dominantes y como sujeto autoconferidor de la misma. No se trata, por supuesto, de renegar de una herencia que, como todo proceso histórico, tiene muchos aspectos positivos y que soporta múltiples lecturas e

interpretaciones: las identidades nacionales, no sólo de nuestro pueblo sino de casi todas las naciones históricas, han sido construidas desde arriba. Pero es importante desmitificar esos procesos, pues mitos como esos, aunque importantes en la fundación de los pueblos, se prestan a toda clase de manipulaciones, y más en un medio como el nuestro donde un discurso basado en la *diferencia*, en la superioridad chauvinista frente a otros pueblos vecinos, ha jugado en tiempos muy recientes –y sigue jugando todavía– un papel de adormecedor de conciencias.

Eso es lo que nos hubiera gustado ver reflejado en el análisis de los diversos filósofos costarricenses que pensaron acerca de la identidad:

1. Su adscripción a un determinado proyecto de comunidad política equivalente a un determinado proyecto de identidad.
2. El reconocimiento de sus limitaciones histórico-ideológicas, junto a los méritos que puedan tener algunas de sus observaciones acerca de determinados rasgos de nuestra cultura y valores.
3. La posible utilización crítica de algunos de sus planteamientos.

Analicemos a continuación más detalladamente lo que Arnoldo Mora nos promete en la *introducción* de su trabajo. Para aproximarse al tema de la identidad nacional, se refiere a la hegeliana identidad de la identidad con la no identidad, una idea rica en matices que pudieron explotarse quizá de un modo más fructífero: una identidad que implica unidad en la multiplicidad, en la diversidad. Por la utilización que se hace de ella, la idea parece apuntar en cambio hacia una *esencia* que da unidad a las diversas –múltiples– manifestaciones de la vida de un pueblo. Aquí empieza ya el tono esencialista que dominará gran parte del discurso; pues este tono se mantiene a pesar de los ocasionales intentos de historizarlo, y que no guardan coherencia con el *uso* que se hace en otras partes del concepto de identidad. Nos parece que uno de los defectos fundamentales del texto es, efectivamente, el no esclarecer el carácter histórico, no esencialista, de la identidad, su génesis y existencia contradictoria y problemática. Los rasgos propios de una cultura nacional son expresados en un lenguaje que sugiere la existencia de un alma nacional, y que mezcla intuiciones a veces valiosas con esencialismos ideologizantes.

Particularmente problemática resulta la concepción de una *filosofía de la historia*, distinta por su pretensión *ontológica* de aquella que posibilitan las ciencias sociales, y rica, como decíamos, en resonancias esencialistas, deshistorizantes¹³. Creemos que cierta forma de abordar el problema, que pudo ser fructífera en alguna etapa de la historia del pensamiento, más que arrojar luz, tiende hoy a oscurecer los verdaderos problemas de la identidad. Más que una intuición filosófica del ser y del espíritu del pueblo, más que una *ontología* de la nacionalidad, ¿no se impone una interpretación crítica de su *constitución histórica* a partir de las prácticas de los grupos sociales, trabajo que compete a las ciencias humanas más que a una filosofía concebida como *ontología*? Tarea que por cierto abarca comprensión de las concepciones que una comunidad tiene de sí misma, así como el papel que estas han jugado en la autoconstitución histórica de una comunidad humana y su cultura. Esta historización falta en el texto de Arnoldo Mora, o ahí donde se haya presente, no está suficientemente desarrollada.

En el apartado *filosofía e identidad nacional* se pasa a establecer lo que se entiende por *filosofía nacional*: la filosofía que tiene por objeto al pueblo mismo, aquella para la cual lo nacional es “el tema mismo de una determinada filosofía”¹⁴. Esta filosofía nacional “no es más que la expresión sistemática, de la autoconciencia de una colectividad en búsqueda de su identidad, tarea en la cual va en juego su razón misma de ser.” Inmediatamente después de explicarnos en qué sentido se va a entender filosofía nacional, el autor hace la primera observación de cómo esta filosofía arraiga en la historia de la comunidad y en su dimensión política: “Esto hace que una filosofía nacional no pueda ser concebida al margen de la historia política de un país, y del quehacer o praxis política de determinados sectores sociales (...) una filosofía nacional así concebida es parte de la praxis política de una nación, constituye su dimensión teórica, su justificación y autovaloración”. Por desgracia, Arnoldo Mora no parece aplicar estos criterios al estudio de los autores escogidos: no vemos una ubicación del pensamiento de Láscaris, Barahona, González, etc., en su

contexto histórico y político, ni un juicio sobre el papel social —esclarecedor u ocultador— de esas reflexiones filosóficas. Aún en el capítulo dedicado a José Abdulio Cordero, quizá uno de los más críticos del libro, la lectura de Mora no abandona nunca el terreno meramente filosófico, lo cual resulta insuficiente¹⁵.

Inmediatamente después de hablarnos de la imbricación política e histórica de la *filosofía nacional*, el autor plantea la universalidad del quehacer filosófico —incluido el que se pregunta por la identidad de un pueblo— sin esclarecer en qué consiste esta universalidad. Se refiere a la creación de espacios de humanidad mediante la comunicación —“la filosofía es *Logos*, es decir, razón dialogante, comunicación inteligible. Forja, por ende, comunidad”— pero luego nos habla de una *dimensión trascendente* que recuerda demasiado a la razón absoluta hegeliana, a veces inclusive a una metafísica precrítica. “Filosofía es lo que de universal posee el ser y quehacer del hombre, no importa su contenido...”; bien, pero aún si admitimos esto ¿quién y cómo se determina esta universalidad? Esto puede significar muchas cosas: ¿Acaso la determina una *razón dialogante* —un consenso entre los hombres (y entonces sería, en este sentido, una creación histórica humana, no un absoluto *trascendente*)— o se trata de una dimensión trascendente que existe en sí y por sí, independientemente de cualquier consenso humano o situación histórica? La referencia a *lo absoluto* que sigue inmediatamente después, y a la dimensión *metafísica* de lo histórico dejan espacio a la duda en relación con la primera posibilidad, tendiendo a apuntalar más la segunda.

Sigue luego la afirmación de que la *identidad nacional* es la dimensión de *unicidad* de un pueblo, que le permite diferenciarse de los otros “o para decirlo de otra manera, en el lenguaje tradicional de la metafísica, es descubrir su esencia —lo universal— que se da su existencia —lo específico—.” Este lenguaje excesivamente metafísico no permite discernir entre una concepción ahistórica, esencialista y eternizante de la identidad nacional y una concepción *crítica* de la misma. ¿Cómo explicar que esa esencia, supuestamente manifiesta en las *existencias* concretas de la vida de un pueblo, es ella misma producto de la *exis-*

tencia histórica contingente de aquella comunidad y no de un destino eterno o de una vocación metafísica? La referencia a lo histórico en el párrafo inmediatamente siguiente al que contiene la afirmación citada no esclarece sino que más bien oscurece la cuestión; pues no permite comprender la mediación entre lo “esencial” y lo histórico. “Esto —el autor se refiere al *descubrimiento de la esencia* de un pueblo— puede darse en dos momentos: o a posteriori, es decir, como una reflexión posterior a los procesos históricos más significativos en el devenir temporal de una comunidad, o simultáneamente a esos procesos, es decir, estando el filósofo inserto en los procesos mismos, tomando partido frente a los mismos, jugando, en fin, un papel protagónico y no de simple espectador de ellos.” Hegel por un lado, y Platón y Marx por el otro, son citados por el autor respectivamente como ejemplos de ambas actitudes. El apartado cierra precisamente con la célebre cita de la *Tesis XI* sobre Feuerbach: lo que importa es transformar la realidad y no solamente explicarla, aunque la perspectiva de Arnoldo Mora sobre las esencias y sus enfoques metafísicos de la historia son poco compatibles con la citada tesis de Marx. Nos dice además que la filosofía de la identidad nacional en el pensamiento latinoamericano pretende ambas cosas (ser amanuense de la historia y tomar parte activa en ella). Hubiera sido interesante que el autor mostrara cómo esto se aplica a Costa Rica, en el caso de los filósofos estudiados.

Seguidamente la introducción se aboca a situar la filosofía costarricense de la identidad en el marco de la filosofía *latinoamericana* de la identidad. Leopoldo Zea es el punto obligado de referencia y aquí se vuelve a hablar del tema de la *universalidad*: la filosofía latinoamericana, dice el autor “tiene el doble propósito de sumergirse en la inmanencia de nuestro yo colectivo y de abrirse a la universalidad de la humanidad, se trata, en consecuencia, de la formulación de una utopía unificadora que, partiendo de nuestra historia política y cultural, avizore un futuro que sea igualmente para toda la humanidad, dando así sentido a las luchas y esperanzas del presente.” Dicho sea de paso, esta es una de las cosas que *no aparecen* por ninguna parte en el análisis de los

filósofos que el autor estudia: la utopía unificadora, la dimensión de universalidad, no nos son mostradas en el discurso filosófico costarricense acerca de la identidad, ni es algo cuya ausencia el autor recrimine a los filósofos que estudia, a pesar de que parece ser para él un elemento central de una verdadera filosofía de la identidad.

A continuación, el autor vuelve al tema de una tarea específicamente filosófica, no asimilable al trabajo del historiador o de las ciencias humanas: "Dentro de esta concepción (¿de Zea?) la filosofía se nutre como materia prima de la historia: historia cultural y política, pero no vista con ojos de historiadores sino con la perspectiva del filósofo" ¿Cuál puede ser esta perspectiva? El filósofo —nos dice el autor— "a través de las circunstancias concretas del 'aquí y ahora' descubre lo universal y ve a través de los avatares históricos la lucha del ser humano por ser más plenamente hombre, más dueño de su destino, en fin, más libre y feliz."

Este universal que descubre la perspectiva del filósofo (y que ninguna otra perspectiva parece capaz de descubrir) nos sigue pareciendo problemático, entre otras cosas, por su ambigüedad e indeterminación. El texto suena bastante hegeliano: es el filósofo quien descubre, detrás de la aparente contingencia histórica la necesidad universal del concepto. La larga cita de Hegel que sigue a estas afirmaciones parece confirmar el espíritu general del texto; el problema, que ya señalábamos más arriba, es *hasta dónde* podemos asumir hoy en día una visión hegeliana de la historia; hasta dónde no encaramos la exigencia de dejar de creer en un conocimiento filosófico que, situándose por encima de la contingencia empírica, aprehende verdades eternas racionales acerca de lo histórico. Por otra parte, aunque el autor no explicita una filosofía de la historia propia sino que remite constantemente a Hegel —hegelianismo que no se aplica a la hora de abocarse al estudio de los filósofos en cuestión— tampoco explica claramente en qué medida asume el discurso hegeliano.

En el resto de la introducción, donde el autor se ocupa específicamente de la filosofía *nacional* costarricense, predomina en cambio el tono histórico-crítico sobre el metafísico esencialista. El

autor sitúa toda esta producción en relación con el proceso de nacimiento y consolidación del *estado nacional*: "De manera particular, el tema de nuestra identidad cultural no se plantea sino a partir de finales del siglo pasado y a propósito de la querrela en torno al carácter *nacional* de nuestra literatura y que dió origen al nacimiento mismo de otra literatura costarricense (...) Como todos los estudiosos de la materia lo han hecho notar, nuestras letras nacen tardíamente a partir de las dos últimas décadas del siglo pasado como cercano producto de la consolidación del estado nacional". Los aspectos históricos, políticos e ideológicos son enfatizados en la última parte de la introducción en mayor medida que al principio de la misma, dominado, según vimos, por un tono metafísico y esencialista. Aquí nos habla Arnoldo Mora del "rol ideológico del pensamiento nacional" (de hecho éste es el título de un apartado de la introducción), de un "imaginario colectivo cultivado sistemáticamente por un sistema educativo formal" convertido en "instrumento de legitimación ideológica que aglutina y forja la conciencia nacional". Estamos ahora en el marco de las luchas por la consolidación de una oligarquía cafetalera que se impone, más que por la represión, por la hegemonía ideológica cuyo instrumento es, entre otros, la educación formal; estamos ahora ante la "invención de una nación" en la línea del historiador canadiense Steven Palmer¹⁶ a quien el autor cita y a quien parece avalar, por lo menos en esta parte de su discurso¹⁷. Aquí insiste el autor continuamente en este enfoque, recalcando el carácter histórico e ideológico de la constitución de la identidad nacional costarricense. "La nación costarricense —nos dice— no precedió ni informó al estado post-colonial, ni aún al republicano, este último, y sólo en su forma liberal clásica, jugó el papel decisivo en enmarcar y definir lo que iba a significar la nación, quién iba a formar parte de ella y bajo cuales términos".

Este es el tono general de la última parte de la introducción, difícilmente conciliable —nos parece— con algunos aspectos de la primera parte, y aún así, interrumpida con frecuencia por citas de Hegel que tal vez no vienen al caso: la larga cita sobre el papel del Estado en la constitución de

una universalidad social se inscribe en el contexto de una apología del Estado y su papel civilizador que nos hubiera gustado que fuera más crítica: “El Estado nacional –nos dice Arnoldo Mora– se erige en conciencia de un pueblo, en garante de su identidad, soberanía y bienestar. El Estado es “nacional” porque el Estado es la Nación. Estar con él, bajo su legalidad, es ser ciudadano honrado, es poseer garantía de virtud y honradez. Estar fuera es estar en el mal.” Se trata de un pasaje nuevamente ambiguo. Una cosa es decirnos cómo se concibe a la nación *desde* el Estado y desde la ideología que lo refuerza –y que, al igual que él, expresa una determinada constelación de fuerzas sociales–, y otra cosa es asumir *acríticamente* este discurso, sin separar la paja del heno. Mora oscila continuamente entre ambos extremos: “A través del Estado, la clase dominante impone su racionalidad, se apropia de la conciencia nacional y unifica la fuerza de todo un pueblo en vistas a propósitos comunes. La creación del Estado nacional, en consecuencia, constituye la obra más importante realizada por el pueblo costarricense en el siglo pasado.” El Estado es, por una parte, un Estado de clase, expresión del interés de una oligarquía cafetalera y, por otro, la obra de todo un pueblo. Una vez más habría que hacer aquí ciertas distinciones: sin negar los aspectos *positivos* que pueda tener –en vistas a la creación de comunidad– la formación del Estado nacional y sus consecuencias históricas, considerarlo como “la obra de todo un pueblo” no deja de ser tributario de una visión idílica de la constitución de identidades nacionales. Ello oculta el aspecto conflictivo de esta misma constitución que no se da sin que haya sectores sociales más o menos *excluidos*, o con un papel más o menos *subordinado*. Una cosa es que algunos aspectos de esa herencia puedan ser asumidos incluso por un proyecto político de raigambre popular, y otra adscribirla a una especie de alma popular o *Volksgeist*, ignorando la pluralidad y la exclusión de amplios sectores que, más que sujetos, fueron objeto del proceso de formación de la nacionalidad.

En síntesis: las observaciones acerca de la relación entre el pensamiento filosófico que se pregunta por la identidad de un pueblo y las vicisitu-

des históricas y políticas de ese pueblo, parecen olvidarse a la hora de estudiar a los filósofos escogidos: falta la contextualización histórica del pensamiento de Barahona, Láscaris, González y Cordero, y su relación con los proyectos políticos y con las fuerzas sociales que constituyen su contexto vital: los discursos de todos ellos parecen colgar del aire; lo dicho en la introducción sobre la necesaria imbricación histórica y social de los discursos filosóficos acerca de la identidad sale entonces sobrando. Por otra parte, aún en el plano puramente filosófico, el nivel de criticidad con respecto a los autores citados es bastante bajo. La mayoría de las veces el autor se limita a narrarnos lo que los diversos autores dicen sin tomar la suficiente distancia con respecto a ellos (la única excepción es quizá el caso de José Abdulio Cordero). Las expectativas despertadas por las mejores partes de la introducción resultan así defraudadas.

2. Arnoldo Mora y la identidad nacional en Luis Barahona.

En el primero de los estudios dedicados a obras y autores que se han destacado en la construcción y reconstrucción de la identidad cultural costarricense, Arnoldo Mora enfoca la figura intelectual y la producción filosófica de Luis Barahona Jiménez. Su análisis se centra sobre *El gran incógnito*, obra a la que Mora, en polémica con otros historiadores de las ideas costarricenses, cataloga no como sociológica sino “eminentemente filosófica, aún más, ontológica”, o también de una “filosofía social y política puras” (op.cit., pág.54).

Desde las primeras páginas de este capítulo titulado “*Luis Barahona, filósofo de la identidad nacional*”, Mora entremezcla un gran número de citas que alaban la figura de Barahona con la afirmación reiterada del carácter filosófico del tema central de *El gran incógnito*: el estudio ontológico de la figura del *concho*.

Antes de pasar así a lo que llamará “Análisis textual de la obra” –en realidad resumen de tan solo algunos de los puntos tratados en el libro– Arnoldo Mora se dedica a explicar qué tiene

aquello de específicamente filosófico en contraposición con la que él llama una “sociología científica”.

Sintetizando sus argumentos, podría decirse que lo *específicamente filosófico* coincide aquí de pleno, en la conceptualización de Arnoldo Mora, con lo *ensayístico*. Producto personalísimo, nada interesado en la prueba y los datos eruditos —eso es un ensayo— por ello mismo, comparte muy poco con la sociología, revelando en cambio “el interés y la pasión especulativo-práctica propia del filósofo” (ibid. pág. 55). Desde esta perspectiva, *El gran incógnito* aparece entonces como una ontología politizada del *concho*, es decir, una especulación sobre el ser del campesino costarricense acompañada de aspiraciones transformadoras, ya que “Con Barahona el campesino deja de ser objeto externo para convertirse en sujeto histórico, en utopía política... alma y corazón, el más puro, de toda una nación” (ibid. pág. 55), nunca idealizado sin embargo, en la opinión tanto de Barahona como de Mora, ya que el autor reconoce ampliamente también los defectos del *concho*.

¿Como si “idealizar” significara vulgarmente tan solo “embellecer”, como si la des-historización (nótese por favor cómo ésta se plasma en el tradicional uso del artículo singular) *del* campesino o *del* *concho*, inseparable de su idealización, excluyera la posibilidad de hipostasiar tanto virtudes como defectos! Y también, ¿como si todo uso o mención de la palabra *ser* convirtiera cualquier texto o cualquier discurso en ontología aunque sea, en palabras de Mora, zonal o regional!

No estamos hablando aquí, claro está, de los méritos o deméritos del libro de Luis Barahona, exaltados por Arnoldo Mora no tanto por sí mismos como por la supuesta radical originalidad del enfoque. Independientemente de ello, aunque sobre ello también habrá ciertamente que volver, lo que cuenta por lo menos por ahora es la definición de “filosofía nacional” que es posible derivar del diagnóstico de Arnoldo Mora acerca del status disciplinario de *El gran incógnito*, sus relaciones con la ontología, la filosofía social y política, y la práctica transformadora.

Escribe Mora —apoyándose en un par de citas, una de autor desconocido—: “Desde muy temprano los críticos vieron en *El gran incógnito* lo que efectivamente llegaría a ser: una obra pionera, que abrió surco indeleble en la historia del pensamiento filosófico y social de Costa Rica” (op. cit. pág. 50). La gran originalidad que hallan tales críticos, ahí incluido Mora, en la obra de Barahona reside en primer lugar en el tema elegido: el campesino; en segundo lugar en la novedosa afirmación de que el campesino es modelo y esencia del ser costarricense; en tercer lugar en el hecho de que el *enfoque* y los *métodos* de *El gran incógnito* han sido imitados copiosamente por otros ensayistas costarricenses.

Analicemos un poco estos tres rasgos constitutivos de la originalidad de la obra, empezando por notar su heterogeneidad, hecho que termina convirtiendo en borrosa y confusa la misma noción de originalidad ahí utilizada. Efectivamente, el tercer argumento —*El gran Incógnito* es una obra que inaugura un estilo de ensayo típicamente costarricense— pertenece a un orden completamente distinto al que sirve de fondo a los primeros dos argumentos que remiten la originalidad a la elección y tratamiento del tema, respectivamente. Por otra parte y en relación con estos últimos, no queda claro, por la exposición de Mora, si la originalidad reside en la introducción en una obra de filosofía de una figura tradicionalmente no filosófica —el campesino, *el concho*— o bien en la capacidad del autor por darle una dimensión filosófica tradicional. Pareciera tratarse de lo segundo, aunque ello no es fácil de sostener, tanto que esa situación obliga a Mora a plantear con toda naturalidad la ya mencionada *ontología del concho*, parte esencial, como toda ontología, de la más auténtica filosofía.

La pregunta aquí es: ¿Qué entiende Arnoldo Mora por ontología? La respuesta es que cualquier tipo de análisis sobre algo que existe se considera como un sector del estudio del ser, y por ende ontología, independientemente de los métodos, enfoques, objetivos. Como si la filosofía —y sobre todo determinadas ramas tradicionalmente muy técnicas y rigurosas— no fuera una disciplina intelectual provista de categorías y exigencias específicas. Frente a la obra de Luis

Barahona y de tantos otros de nuestros ensayistas de la identidad nacional, el rigor filosófico cede ante el llamado seductor del folklore y de la idiosincrasia patria. Ahora parece suficiente con decir que se estudia el ser de algo, y ya estamos en plena ontología, y si ese algo cuyo ser se estudia es algo así como *el concho* de la Meseta Central, entonces se tiene a la vez ontología regional y filosofía nacional.

¿Cómo llega Arnoldo Mora a dar este paso ulterior? Es gracias a que el verdadero método filosófico siempre consiste en hallar lo universal en lo particular, de ahí que si en el concho (que es lo particular en el caso que nos ocupa) planteamos la presencia esencial del costarricense (aquí equivalente a lo universal), hemos logrado entonces, además de una ontología regional, el camino que nos conduce de manera directa y segura a una auténtica filosofía nacional.

Falta aclarar que el “método filosófico por excelencia” (pág. 53), utilizado en este caso para construir la filosofía nacional, implica la capacidad de descubrir en el ser estudiado una especie de deber-ser donde lo ontológico y lo axiológico se compenetran, “descubriendo(se) así en cada hombre, individuo o grupo, la humanidad toda entera en lo que ésta tiene de mejor, para convertirlo de esta manera en norma o modelo ideal de todo hombre cualquiera que éste sea” (ibid.).

De esa forma queda iluminado el camino del *concho* al costarricense como camino del ser al deber-ser que nos descubre la esencia y la identidad nacional a partir de un campesino que ya no es estudiado según un método sociológico, que Mora parece encontrar estrecho e insuficiente, sino según un “método filosófico por excelencia” que lo revela como “alma y corazón, el más puro, de toda una nación” (ibid.). ¡Y eso que nos había asegurado el crítico que aquí no hay idealización alguna del campesino!

Y el mismo Arnoldo Mora, que en otras partes de su *Identidad nacional en la filosofía costarricense* nos había aclarado los tortuosos caminos de toda ideología legitimadora, concluye ahora en tono polémico y algo chauvinista:

“Lo que según María Amoretti... había sido definido como símbolo y mito de una nacionalidad para fines de legitimación ideológica, *aquí es*

tomado muy en serio con una finalidad eminentemente ética y humanista, casi mesiánica [subrayado nuestro], pues el campesino debidamente transformado, aparece como la única fuerza social y humana...” (op. cit., pág. 55).

Por otra parte, ya que también leemos que “...más que buscar al campesino como sector social, Barahona busca en él al costarricense auténtico, a la esencia del costarricense, a la más pura expresión de nuestra nacionalidad”, al *costarriqueñismo* químicamente puro...” (pág. 65), está bien claro que nos encontramos aquí ante un Arnoldo Mora que —justamente ahí donde se pretende crítico, aunque sea crítico benévolo, capaz por tanto de tomar distancia de Barahona y su escrito— se nos revela en cambio tan sólo como un eslabón más de aquella larga cadena de autores que, tras las huellas de Luis Barahona y otros más, continúan construyendo una filosofía nacional basada sobre la fantástica construcción de una identidad cultural que se alimenta más de un fácil folklorismo que de un estudio cuidadoso, histórico y crítico de tradiciones y valores.

En idéntico molde filosófico y metodológico, pese a que el grado de empatía con los diferentes autores es muy variable, se colocan en la obra de Arnoldo Mora los otros ideólogos de la identidad nacional de los que se ocupa en su trabajo.

Notas

1. Es sin embargo en este texto donde quizá se halla mejor perfilada la concepción que su autor tiene de la filosofía. Se trata de un texto pedagógico pensado para los estudiantes de la UNED y es con todo una de las obras más valiosas del autor, obra que, a pesar de ciertos defectos de ejecución, constituye una interesante historia de la filosofía. Al principio del texto, el autor introduce al estudiante en el tema de la filosofía a partir de las clásicas preguntas kantianas: ¿Qué puedo saber?, ¿qué debo hacer?, ¿qué puedo esperar?; que a su vez se resumen en la pregunta “¿Qué es el hombre?” La filosofía es explicada por el autor —y en ello lo que hace es expresar su propia concepción filosófica— como un conocimiento reflexivo del hombre que supone previamente la actividad vital humana: actividad cognoscitiva, actividad histórica ético-política, pregunta por los fines últimos de la existencia. Es clara la influencia de Hegel en todo el pensamiento de Arnoldo Mora, cosa en la que él mismo suele insistir: la

reflexión es posterior a la acción, se da en el contexto de la acción -cognoscitiva, ético política, religiosa, estética. En este texto el aspecto esencialmente histórico de lo humano está expresado con una claridad que nos hubiera gustado encontrar en su estudio sobre el tema de la identidad en la filosofía costarricense, donde su actitud es más ambigua.

2. Los mismos rasgos pueden observarse en un texto previo: *Historia del pesamiento costarricense* (San José, EUNED, 1992). En dicho texto -por ejemplo- afirma el autor que "nuestro ensayo no versa sobre todos los aspectos de la historia, sino sobre aquellos textos o documentos que expresan una justificación teórica de la praxis histórica" (p. 13). Esta promesa, sin embargo, se ve defraudada. El libro no se construye a partir de textos y documentos, sino de un discurso "patriótico", sin detenerse a analizar lo que prometía. La estructura de los capítulos está definida por la presentación de movimientos políticos y culturales y de personajes políticos. De vez en cuando, y de manera un tanto aleatoria, aparecen citas textuales sin mayor acompañamiento crítico: "El presente necesita del pasado, porque sólo el pasado nos explica lo que somos en el presente. El presente es producto del pasado y éste es la explicación y justificación de aquel. Ambos se imbrican indisolublemente en una trama que nos hace ser lo que somos y nos da una imagen de nosotros mismos, forja la conciencia que de nosotros, como grupo y como miembros de un grupo social dado, tenemos" (p. 11). En este párrafo es notable el vaciamiento de sentido que se ha operado sobre las categorías, de tal modo que al final es posible asentir a lo escrito sin haber avanzado nada respecto a lo que se quiere pensar. No hay aquí ninguna diferenciación social, ningún intento de pensar los conflictos históricos respecto de la elaboración y apropiación de lo que se conoce como el pasado de una sociedad. Además, el presente aparece como lo dado sin más, como lo dado que se transparenta fácilmente en la conciencia del grupo social. ¿De qué se habla aquí? ¿Cuánta capacidad de análisis, de distinción, hay aquí? Veamos, para completar el cuadro, estas otras afirmaciones del autor: "...este país es nuestra patria y las instituciones políticas y culturales cuya génesis histórica y cuyo desarrollo llega hasta nuestros días son las instituciones que conforman nuestro país, que nos han hecho a nosotros mismos" (p. 16), "históricamente hablando los costarricenses se preocupan primero por la libertad y la justicia y luego por la belleza" (p. 20). "Costa Rica elaboró un Estado racionalmente" (p. 21). En relación a una carta del padre Estrada Rávago: "He aquí ya surgido el mal de patria o "cabanga", tan propia del tico y que tantas páginas de lírica y música habrían de inspirar en lo sucesivo y que tanto han contribuido a nuestra identidad nacional" (p. 64).

3. El tono bucólico de ciertos textos que tratan de fijar la idiosincrasia del costarricense podría indicar la

estrategia de escritores y pensadores muy variados. En especial, revela su sentido de la oportunidad. Cuando a un pueblo se le narra su historia de modo que ella parezca más bien un destino, un destino bienaventurado, buena parte de la recepción está garantizada. Cuando, además, esos relatos se refuerzan y se prolongan los unos en los otros, se tiene la impresión de que obedecen a un serio trabajo de análisis histórico. Algo de esto parece haber ocurrido con el modo en como circularon, durante muchos años y con bastante éxito, un conjunto de "narraciones" que se pretendían filosóficas, sociológicas e históricas, y que sin embargo no cumplían con un mínimo de validez argumentativa. Para conocer los principales argumentos presentes en ese conjunto de narraciones, el artículo de Giovanna Giglioli *¿Mito o idiosincrasia? Un análisis crítico de la literatura sobre el carácter nacional* (En María Salvadora Ortiz -compiladora-: *Identidad y producciones culturales en América Latina*. EUCR, 1996) es oportuno. Giglioli realiza un estudio en el cual se señalan, de manera diferenciada, las inconsistencias y tendencias ideológicas de buena parte de los artículos y libros que pretenden explicar el origen y la naturaleza de la idiosincrasia costarricense. Asimismo, las principales estrategias discursivas de ese mismo "Corpus" aparecen estudiadas en el artículo de Alexander Jiménez: *Los países también están en otra parte. Cultura y discurso filosófico en Costa Rica* (En Olmedo España -compilador-: *Cultura y Contracultura en América Latina*, EUNA, 1997). En ambos artículos queda de manifiesto que el matiz idílico y bucólico, presente en esa tradición esencialista que anda en busca del ser de la nacionalidad costarricense, no es un dato insignificante, sino un elemento central que permite comprender la recepción exitosa que esa tradición tuvo en este país.

4. Mora, Arnoldo: *La identidad nacional en la filosofía costarricense*. p. 12

5. *Ibid.* p. 13

6. Mora, Arnoldo; op. cit., p. 13

7. En realidad, sólo en la introducción aparecen destellos de una crítica sociohistórica de inspiración marxista; en la *ejecución* del trabajo (el estudio de los diversos autores) ésta se halla prácticamente ausente. La misma inconsistencia está presente en *Historia del pensamiento costarricense*. Hay un momento de la Introducción en el cual se señala el carácter ideológico de toda historia oficial: "Son, entonces, los regimientos políticos los que asumen la tarea de recoger el pasado; las instituciones religiosas mantienen viva la memoria de los orígenes míticos, y grupos profesionales de cronistas y sacerdotes se especializan en conservarlos y garantizar su poder.

La historia se convierte así en ideología, es decir, en necesidad política del sistema de justificarse y legitimarse, no sólo en relación a sus orígenes, sino en relación a todo su pasado. Y esto de manera tanto más perentoria, cuanto más reciente es el sistema político

imperante, cuanto más poderoso o más asediado está. La crónica del pasado se vuelve interesada... aparece así una "historia oficial", normalmente la historia de los vencedores, que se conserva en los archivos del poder político, y que éste usa para legitimarse frente a su propio pueblo y para legitimar toda acción que emprende en sus relaciones con los diversos grupos dentro y fuera del territorio sobre el que ejerce el poder" (p. 11). Hasta aquí todo parece válido. Mora está intentando explicar el modo como las estructuras políticas centralizadas se apropian de la historia de los orígenes, una vez que las narraciones, los mitos y las leyendas agotan su capacidad explicativa; pero sólo dos párrafos adelante se empiezan a leer afirmaciones como las siguientes: "La historia es, así, parte de nuestra propia conciencia, de la autoconciencia del grupo social. La historia es parte fundamental de nuestra propia identidad, tanto individual como social. Somos nuestra historia" (p. 11) o bien "...el pasado, nuestra historia, no es algo que está a nuestro alrededor como el agua que rodea la piel del bañista, sino dentro de nuestro propio ser, como el aire que llena nuestros pulmones y nutre nuestro torrente sanguíneo. Somos historia. El hombre es un animal histórico" (p. 11-12). Un ejemplo más, para terminar, de esta inconsistencia entre la historia que es construcción ideológica y una historia "natural" como el aire y la sangre: "La historia es, por ende, la praxis de nuestra libertad, la objetivación de nuestra esencia, el ser mismo del hombre desplegado a través del tiempo" (p. 12).

8. Es decir -aparentemente-, en virtud de la dimensión metafísica de lo histórico, o del problema del ser y la nada.

9. Esta versión también se encuentra en *Historia del pensamiento costarricense*: Allí la identidad nacional se construye desde arriba hacia abajo, utilizando mecanismos de adhesión afectiva que, dicho sea de paso, Mora no discute y más bien parece celebrar: "saber conducir a los hombres hacia metas colectivas es tarea y responsabilidad de los conductores de la política, que debe ser realizada de manera explícita y consciente. Se trata del dominio de las conciencias y no por imposición sino por consenso y convencimiento. Se trata de llegar a las mentes de las mayorías, pero no sólo a través de las ideas o conceptos estructurados en forma de sistema de pensamiento... sino también a través de otras facultades humanas no racionales como el sentimiento y, sobre todo, la adhesión emocional e imagiativa a un grupo social que desarrolle el sentimiento de pertenencia al grupo, el "espíritu de cuerpo", que dé realidad al grupo social como un todo orgánico dado, dé "alma", es decir, con una cultura y sensibilidad propia y, sobre todo, con una identi-

dad nacional. Eso es lo que solemos llamar nacionalidad", p.114.

10. Ibid. p. 27

11. Ibid. p. 33

12. Ibid. p. 38

13. No queremos negar con esto que pueda existir un análisis específicamente *filosófico* acerca de tales temas; pero es necesario esclarecer de antemano qué es lo que se ha de entender por tal; cosa que el autor, en nuestra opinión no hace satisfactoriamente. Tal análisis podría consistir tanto en la *crítica* de los discursos que se pretenden (que se autocomprenden como) filosóficos, como en la elaboración de un discurso *filosófico* (reflexivo) que trascienda el nivel meramente instrumental u objetivante y apunte hacia una autoconciencia, tanto de las ciencias sociales como de las prácticas y formas de vida de una sociedad.

14. Mora, Arnoldo, op. cit., p. 11.

15. No sólo desde nuestro punto de vista, sino desde los presupuestos mismos que el autor esboza en la introducción.

16. Cf. Palmer, Steven: "*Sociedad Anónima. Cultura Oficial: Inventando la Nación de Costa Rica (1848-1900)*", en Molina Jiménez, Iván y Palmer, Steven (editores): *Héroes al gusto y libros de moda*.

17. Aunque en otra parte de la misma introducción considere unilateral el enfoque de Palmer, lo cual no deja de ser curioso si tomamos en cuenta que, tanto en *La identidad nacional en la filosofía costarricense como en Historia del pensamiento costarricense*, Arnoldo Mora insiste en el carácter "construido" de la nación y de la nacionalidad. Ahora bien, Palmer va más allá de ello. No sólo se interesa por seguirle la pista a las concepciones que tenían los costarricenses acerca de su comunidad política antes de 1880, concepciones que Palmer nombra como "proto-nacionalismos" de diferentes tipos, sino que también analiza la constitución de un "nacionalismo oficial que se diseña hacia abajo mediante instituciones y prácticas estatales". Asimismo discute la manera como ese nacionalismo coloniza las culturas populares, apropiándose narrativas, imágenes y figuras que luego son reconfiguradas y desvinculadas de sus fuentes populares, proto-nacionales y no-nacionales. (Palmer, op. cit., p. 170-171). Considerar unilateral este enfoque es ir demasiado lejos en la arbitrariedad y avanzar demasiado poco en el análisis.

Giovanna Giglioli, Alexander Jiménez
Jorge Jiménez, Mario Salas
Escuela de Filosofía
Universidad de Costa Rica.